

Nuevas Memorias de Mambruno

19 OCTUBRE

Mambruno ha estado leyendo durante muchos días los «Ensayos» de Montaigne. Es decir, como no es un libro sino un hombre el que nos habla, el mismo Miguel redivivo el que nos cuenta de sus libros, de sus pensamientos, el que nos desentraña su íntimo sentir. Miguel nos gana, nos predispone el ánimo con su simpatía, con su liberalidad. El destino de Miguel es narrarse a sí mismo, algo semejante a lo que realiza Mambruno. Se pinta a sí mismo, se aplica a la descripción de su natural, porque Miguel sabe que con su solo ejemplo basta, ya que todo hombre lleva en sí la forma total de la condición humana.

Coincide Miguel de Montaigne con Mambruno en su amor profundo por la naturaleza, si bien no la observa, como Mambruno, con alma de poeta. La sabiduría suprema —opina Miguel— consiste en vivir acorde con la naturaleza; ella es guía y madre nutricia. De su serenidad deducimos, que a un vivir tranquilo corresponde una muerte sossegada. La ciencia más árdua radica en saber vivir la vida, con moderado goce, con templanza. Cuando nuestra vida es limitada, como la de Mambruno, hay que vivirla con profundidad. Oh, maestro admirable, Miguel de Montaigne, gris y otoñal, con su viejo vestido de andar por casa, con su zapatos cómodos por muy usados, rodeado de viejos amigos con quienes conversar. Qué agradable placer, una charla sabrosa, íntima, mesurada, o un largo paseo debajo de unos chopos. Sí, para Miguel como para Mambruno la estación dilecta es el otoño, un día como el de hoy, gris y con nubes, con una luz entre amarillenta, cernida y suave, y una temperatura más bien fría pero excelente para pasear.

30 OCTUBRE

Sigue la mala racha de los días lluviosos, es casi imposible transitar, pues agua y viento en alianza impetuosa rafaguean, hieren el rostro des-

carriendo la piel o arrancan hojas y hojas, alguna rama a veces, y brillan vertiginosas, aéreas, esporádicas, en un húmedo remolino. Toda la Isla asfaltada y sucia de barro, sembrada de hojas de oro, todo brilla con un tinte herrumbroso, casi amarillo. Pero Mambruno no se siente agobiado por el otoño, más bien su amarilla furia le incita a vivir, y aunque en ocasiones azoten a su corazón ráfagas de melancolía, sí, en estos momentos, declinar de un crepúsculo amarillento y lluvioso, es cuando su humildad se hunde más y más en la tierra, en el barro, cuando considera la nada humana ante la naturaleza desmelenada, implacable y segura de su renacer. En este momento sombrío, al ritmo de la lluvia otoñal, se acuerda Mambruno de su vida, y que se yo por qué de su adolescencia vinculada a la salada hermosura de su mar del Sur. La bahía de Cádiz, azul y arenosa, brillando de sol, un sol hermoso, muy grande, casi verde, y un muchacho desnudo y moreno en aquella playa solitaria olorosa a pino, del Puerto de Santa María, se llamaba Fuenterrabía, y había que llegar a ella a través de la arena caliente, quemándose los pies; descalzo y sudoroso. En aquella ancha playa, circuida de pinares umbrosos, buscaba el adolescente el interior fresco y sombrero de los pinos, arenoso y blando, había venido a refugiarse cansado ya de abrazar al mar, de verse rodeado por el azul sensual de las olas, que su imaginación agrandaba y confundía, altas olas verdes crestadas de espuma, salpicadoras y relucientes, olas gigantes y verdosas que restallaban en las rocas con un sonido sordo e impresionante. El adolescente gozaba del mar, de su caricia tersa, de su espuma fría, pero le temía, pues sabía que, glotón azul, le sorbería, si le atrapaba descuidado, ingurgitándolo hasta el fondo con sus peces fosfóricos, con el candor horrible de su sonrisa azul y blanca.

Pero cuando el pavor crecía era al anochecer, cuando la pleamar, entonces el mar, negreando ya, avanzaba, de tumbo en tumbo, jadeante, amenazador, se oía su rumor, y culebreaba a veces el brillo de una luz incierta. El miedo crispaba al adolescente, y buscaba el consuelo de miríadas de estrellas, allá, en lo alto, húmedas y azuladas.

Ya, hombre, en su primera juventud vivió Mambruno noches negras, cerradas, sin estrellas, sobre el mar, noches de invierno de puerto lluvioso en soledad. Así, aquel camino sobre el mar que había de atravesar todas las noches para salir del castillo de San Sebastián y llegar a Cádiz, aquel antiguo castillo ruinoso con sus viejos cañones de enorme calibre. Allí, muchas tardes, sentado sobre la roca, veía atardecer. Le alcanzaban el traje, se lo mojaban, las olas altas que venían a estrellarse contra las rocas, salpicábanle el rostro y le dejaban en la boca un sabor amargo, como salado. Descendía el sol, cada vez más rojo y movable, como un torbellino de fuego, y el mar se iba tornasolando, aunque fulguraba más una lumbre

carmesí sobre el agua. Un sín fin de gaviotas graznaban revoloteantes y enrojecidas, cerca de las rocas, casi por encima de la cabeza de Mambruno.

Otro misterio que asalta el corazón de Mambruno era aquel rumor del mar en la noche. Era un rumor sordo, milenario, con un eco profundo de continente hundido, con un más allá tan hondo como la muerte, tan preñado de misterio, era un rumor secular, doloroso, clamante, como impulsado por la vibración de las olas del viento. Tantas noches oyéndolo y nunca supo Mambruno interpretar aquel rumor...

6 NOVIEMBRE

Camina Mambruno por la llanura hacia Gamonal, el día es frío, bueno para caminar, desea cruzar el llano verdoso para ir a Las Ventillas, en donde espera almorzar. Hacia el fondo se yergue un azul con nubes y chopos amarillos, de una amarillez casi cenicienta ya. Atraviesa un arroyo caudaloso, encubierto entre hierbas y matojos, tiene que vadearlo cortando un carrascal que cruje y chirría herido por los zapatones mambrunescos y por sus gordas piernas nervudas de incansable andariego. Peligra la obesa humanidad de Mambruno por lo resbaladizo del barro, pero se adhiere firme y no cae. Desemboca Mambruno en una vereda y descubre una vieja casona de piedra, casa hidalga, con su escudo, luego de labranza, y toda musgo y arruinada, pues se hallan tapiados huecos e incluso ventanas. Es curioso este rincón, con su humedad, su piedra vieja, su musgo y un conjunto de casas bajas y pobres. A pocos pasos, el cementerio, muy estrecho y rústico, con lápidas, cruces, flores, crisantemos por lo general, estamos en el mes de los muertos. Familiaridad con la muerte, la vida alienta junto a la muerte, como tomando jugo de ella. En fin, un paisaje y un momento muy peculiar de otoño en Castilla.

A Mambruno le encanta este vagar a través de los campos. Se vuelve el alma más alada, alacridad, vuelo de pájaro. Es difícil pintar esta sobria realidad castellana, y aunque Mambruno cada vez se siente más realista, él conoce que toda realidad tiene su haz y su envés, y, claro, reflejar la apariencia, reproducir lo externo, lo que tiene de fotográfico, de inerte, es fracasar. Lo que importa es el meollo, la realidad interior, tal como la palpamos en la palabra del campesino, del hombre del pueblo, al designar sus cosas. Mambruno se ha ido volviendo realista al tomar contacto con la tierra concreta de Castilla. Aquí, la realidad es limitada y exacta, maravillosa en sí misma. Lo cotidiano cobra un valor real: un chopo tiene vida como un hombre, posee un alma propia, un muro de piedra nos sonríe como si fuera la faz arrugada de un campesino.

La senda de la realidad conduce al camino de la humildad. Hay que:

ser parco en todo, aceptar la realidad tal como es, vivir con poco que es disfrutar de todo, la frugalidad de lo suficiente, tal como la supo conllevar Miguel de Cervantes, con la misma dignísima entereza, sin hacer gala, con naturalidad, pues lo natural es eso: lo real. En este aprendizaje se ha forjado lo mejor del alma de España: «Libro de buen amor», «La Celestina», «El Lazarillo», «El Quijote», hasta este extraordinario «Requien por un campesino español» (Mosén Millán), de Ramón J. Sender, que se acaba de publicar, y Mambruno de recibir y de leer. ¡La raíz realista de España sígue viva!

13 NOVIEMBRE

Mambruno ha consagrado a la lectura de la obra de Flaubert muchas horas: enseña mucho. Es el suyo un realismo entre impresionista y cinematográfico: bello pero analítico y por ende pesimista; moroso por desdoblado y psicológico y por ello objetivista y fotográfico, con un vacío interior que la belleza (vida extática) no acierta a llenar. Lo que se descubre leyendo a Flaubert, sobre todo, a la «Educación sentimental», es que la novelística francesa cambia, pero París sigue siendo el mismo que vieron, no ha mucho, los ojos de Mambruno: la más bella y libre ciudad del mundo. Y en París no ha habido más que un Flaubert.

14 NOVIEMBRE

Hace una mañana nublada y fría, y Mambruno empieza a caminar, frío desolador, sí, cuando atraviesa el puente hacia el Parral. Sobre la tierra húmeda y fangosa, se ven apilados, montones de madera: tableros blancos, puertas con clavos negros, troncos largos y fango y frío. Es el mercado, y allí mercan o compran, unos hombres recios, reliados en lana, en bufandas, en pieles de carnero, o bien bajo las gabardinas sucias llevan trajes de pana, boinas casi siempre, y la cara morena y arrugada sin afeitar, tienen un aspecto de miseria y vejez aunque lleven los bolsillos abarrotados de duros, compran tractores, mulas, burros y piezas mecánicas, objetos de hierro. Son gente seria y sufrida, y soportan sin chistar las inclemencias del cierzo, del frío, de la nevisca. Hombres fuertes, hijos duros del pueblo, apegados a la tierra, confundidos con ella.

Mambruno sigue por la carretera Valladolid adelante, todo el camino cubierto de hojas cobrizas, muertas, sube por una pendiente, y, de pronto se abre el páramo deslumbrado, con sus lomas peladas. Lejos, los olmos hispídos de la carretera, vuelve a brillar el páramo azul, orlado de nubes sombrías. Cómo impresiona el ánimo mambrunesco este paisaje de Casti-

lla, llega hasta el tuétano mismo del alma, es tal su austeridad que Mambruno queda en silencio contemplándolo. Es un paisaje, el de Castilla, que después que uno, en alma y cuerpo, se ha identificado con él, como sucede a Mambruno, nunca se lo podrá arrancar de sí, es algo que penetra en el alma, y duele, como un sabroso sufrimiento, sí, temblando de frío, desde esta cumbre desolada, salpicada de nevisca, se siente palpitar el corazón sombrío de España.

13 DICIEMBRE

Ha leído Mambruno durante varios días la obra de Vladimiro Maia-kouski, le ha gustado más, naturalmente, su lírica que su épica. El poeta ruso nos llega a lo hondo, cuando nos dice que cambiaría toda su gloria futura por una palabra afectuosa, humana. Maia-kouski no podía soportar su propia soledad, necesitaba calor humano, amor, su alma de revolucionario tiritaba de frío, de comprensión, de ternura. «Hay que transformar la vida, y transformada la podremos cantar». Sí, sí, pero para el poeta de verdad la vida será siempre un misterio y la existencia un drama. Precisamente, Vladimiro acabaría suicidándose por no acertar a descifrar el más sutil de los misterios de la vida: el amor. ¡Qué hermoso libro, «La nube en pantalones», dedicado a su amada, Lila Brick! El poeta aguarda al amor, alborotado el cabello salvaje, fundida la frente con el vidrio de la ventana, arde, la madera es fuego, llamea de pasión, pregunta: ¿Vendrá el amor? El corazón de Vladimiro era un incendio y en él se abrasó a sí mismo.

Maia-kouski camina obsesionado: el mismo rostro, el mismo farol, la misma piedra. Ama las cosas, canta a dúo con los edificios, comprende el idioma de los tranvías, hasta consiguió amar aquella ventanilla de la «cámara 103», y se acuerda de que por un rayito de sol hubiera dado todo un mundo, un leve temblor de luz amarilla reflejado sobre la pared blanca de su celda. Vagó sin casa, sin techo, por Moscoú, buscaba el pulso salvaje de la ciudad. iba de acá para allá; despojo humano, enloquecido y Moscoú le ahogaba de abrazos, de anillos infinitos de plazas. Y ¿dónde está Lila? Ella le sacó el corazón del pecho, de una manera natural, sencilla, y se fue a jugar con él, como una niña juega con su balón rojo.

Para Maia-kouski la poesía es un viaje a lo desconocido. El aconseja un régimen de economía artística, y se fija en la necesidad y ansia de describir que lleva anejo todo proceso creador. Qué exacta comparación, con la extracción del radio, un año de labor para sacar un gramo, dos años de labor le costará a Mambruno la composición de este libro; cuánto sudor, cuánto dolor, Señor, para extraer una sola palabra valiosa de las honduras artesianas del alma humana.

15 DICIEMBRE

Ha nevado mucho: la ciudad envuelta en nieve, silenciosa, gélida, blanca, se abre a un lento transitar humano. Las tejas, algodinosas de blancura, las ramas, tembloteantes de carámbanos, y las ventanas, muros, balcones y quicios se hallan blancas, salpicadas de nieve. Mambruno ha vagado por los alrededores de la Catedral, toda nevada, con sus pináculos blancos y sus torres llenas de nieve, parece como un edificio fantástico, gris y plata.

Luego Mambruno penetró en la Catedral y permaneció absorto en un rincón. Se estuvo buscando por dentro; recorriendo, de mano de su alma, esa galería interior llamada esperanza. Era el alma de Mambruno la que se deslizaba por la nieve, por la acera nevada, y al cruzar el puente también nevado, creyó ver —¿los vió, Señor?— los ojos mansos, plateados, de Dios, a lo largo del Arlanzón.

18 DICIEMBRE

El día es frío, y hay mucho fango, de nieve, escarcha o lluvia recién caída. Mambruno observa desde el puente el páramo nevado y toda una ringlera oscura de chopos a ambos lados del río, que corre gris. Aún hay nieve en los tejados y flota en el ambiente una luz tenue, agrisada, que compagina con un cielo grisáceo también.

Mambruno piensa en la justicia, a la vez idea y fuego del alma, se acuerda de aquel Jerez feudal de su adolescencia, de aquella plaza del Arenal, con sus palmeras, su cielo azul, sus casas blancas, bajo el sol hermoso el dolor inmóvil de cientos de obreros parados; se aglomeraban como bestezuelas desesperadas, los ojos bajos y tristes, caídas las cabezas tostadas, extáticas de sufrimiento.

Para que haya paz, opina Mambruno, es necesaria la justicia, tal vez la única manera de evitar la ciega destrucción que se cierne sobre este mundo ciego de los hombres. Si queréis salvaros, hombres todos, haced justicia, que ella reine en el mundo, libertad atemperada a la justicia, de ella brota el amor y nace la esperanza, la alegría.

27 DICIEMBRE

Cuando Mambruno ha llegado a Madrid estaba lloviendo. Tomó un taxi, y través de un Madrid lluvioso, llegó al «Hotel Victoria». Subió a su habitación y se tiró en la cama, cansado del viaje. Tumbado, echa una mirada alrededor, le gusta conocer el rostro de las cosas, con que va a

convivir: lavabo Luz eléctrica, la del techo demasiado alta pero la de la cabecera irradia una luz clara que permite leer comodamente, (pues Mambruno necesita mucha luz para leer). Una puertecilla ceta el cuarto de baño: el agua es la mejor amiga de Mambruno. Junto a la cama hay dos viejas sillas tapizadas de rojo, que deben saber mucho de nalgas desnudas, de carnes frescas, olorosas, de hombre o mujer. Sería curioso conocer la vida secreta de estas sillas rojas. Ahora, la cama, donde está acostado, y se ve en el espejo del armario: tendido en una cama amplia y blanca, el rostro sonriente, alborotado el pelo negro y las piernas velludas al aire.

29 DICIEMBRE

Mambruno deambula por Madrid, le gusta mucho andar, recorre cafés, habla de literatos, busca a los amigos y rebusca en las librerías de viejo, inquiere, olfatea; buenos libros para su biblioteca burgalesa, ellos le harán compañía en la crudeza de los días invernales, ellos, leales amigos de todas las horas.

Mambruno ha ido visitando las calles de este Madrid mañanero, desde la calle Arenal, toda la plaza Mayor, llena de tenderetes navideños, aparece como empequeñecida, un poco provinciana, luego atraviesa las viejas calles del barrio de San Isidro, nunca Mambruno fue ducho en nombres de calles, él capta lo que bulle, lo humano: el ambiente, en suma.

30 DICIEMBRE

A las dos de la tarde, cayó Mambruno en esa cloaca infernal llamada «metro». De pronto, se vió estrujado, en medio de un montón anónimo de piernas, zapatos, brazos, abrigos sucios, gabardinas muy usadas, chaquetas mojadas (llovía) y ojos desorbitados, rostros iracundos, entró como sorbido, tragado, formando parte de una masa amorfa y elástica, distensible hasta el máximo, formada por narices, colorettes, gafas, cabellos, hedores diversos y un olor a humanidad doliente, molida, aplastada, despersonalizada. Mambruno que ama mucho al hombre, ante aquél espectáculo sintió horror, piedad. Sí, pocos minutos que equivalen a una eternidad. Nadie más desgraciado, con un valor de abrigo raído, de tacón usado, de suelta desgastada, que tú, hombre en el «metro».

31 DICIEMBRE

Es de noche aún cuando Mambruno ha salido en un taxi para la estación de autobuses. La calle Alenza, ya un poco familiar; a Mambruno

le conocen los mozos de equipaje, uno coge su maleta y él toma café en el bar, compra un periódico, lo hojea, y de pronto una voz: va a salir el autobús de Burgos. Está amaneciendo, y es de día cuando arranca el coche. Mambruno va situado al lado de una ventanilla, junto a una mujer joven, de buen tipo, un cuerpo carnoso, de estatura mediana. Tiene un rostro ovalado y extraño y unos ojos negros, cautelosos y expresivos. Observa Mambruno su sencillez, su naturalidad, en los gestos, en las palabras; parece inteligente y sincera. Habla un castellano purísimo, neto, matizado y real, tiene como la propiedad de hacerlo todo concreto y asequible. Desde que partió el coche, Mambruno le dirigió la palabra, y ella le replicó dejándose abordar. La Desconocida, así la llamaremos, cuenta a Mambruno una historia de desvalimiento y orfandad. Ella —dice— vivió desde niña en la soledad de un internado.

—Muy duro, ¿verdad?, vivir sola— pregunta Mambruno.

—Pues no crea— responde ella sonriendo—, a mí me sirvió de mucho: me sirvió para forjarme a mí misma.

A la Desconocida no le gusta la ciudad adonde va: la cree monótona, limitada, aburrida, demasiado provinciana y la gente murmuradora y envidiosa.

—Como en todas partes— replica Mambruno—, la gente es siempre la misma. Yo llevo vividos allí quince años, y ya ve usted, han sido los más felices de mi existencia.

Mambruno calló un momento, y percibió el rebrillo de aquellos años como un susurro de chopos dorados, así lo imaginó al menos.

—¿Por qué tan honda en mi corazón?— siguió diciendo a la Desconocida—, pues, la verdad, los hijos, los amigos, los libros, el amor en su plenitud, y haberse encontrado a sí mismo, en su verdadera dimensión de dignidad y hombría, de austeridad, de sobriedad, de humildad. ¡Cuánto he aprendido en Castilla!

A través de la ventanilla del autobús en marcha se contempla un paisaje húmedo, lluvioso, lleno de grumos de niebla que obliga al autobús a ir despacio. Lagrimean los vidrios de la ventanilla, la niebla los empaña, estamos pasando ahora bajo la mole del Guadarrama nevado. Llegamos a Buitrago, primera parada del autobús. La Desconocida y Mambruno se solazan con un café caliente. El pueblo se yergue como arropado, y todo hosco de nieve y frío. Continúa la conversación. El tránsito del autobús por la carretera entre niebla, viento y frío, se hace cada vez más peligroso.

Mambruno dice a la Desconocida:

—Esta inclemencia del tiempo no hace mella en mi ánimo, diría que yo necesito de esta hosquedad, el vencerla me hace saludable. Si, ella me impulsa a ser fuerte: ¡me alegra vencer!

Sigue el mismo paisaje desolado de chopos desnudos, olmos secos y tierra parda. Nada se puede sembrar, (ni es posible arar), en estos campos empapados de lluvia. Entramos en Aranda con lluvia, al cruzar el puente se observa al Duero gordo como nunca, anchuroso y amenazador. Se presentan las calles de Aranda, anchas y fangosas, las casas mojadas y la gente que deambula tosca, bien abrigada, lacónica y seria, sin ganas de agradar. La segunda parada, Aranda. La Desconocida no quiere bajar. Mambruno sale y entra en un bar de aire moderno, con televisión y todo, pide un vaso de vino del país, el famoso clarete arandino, y con un trozo de bacalao y otro poco de bonito, se conforta el estómago. Vuelve al autobús, que echa a correr en seguida. Ya hasta Lerma no parará, y sólo breves minutos. El paisaje se delinea ahora más firme, de un gris verdoso, es muy característico de estas tierras de Burgos, se acomoda bien a la mirada de Mambruno, y ahora lluvioso toma una tonalidad gris estremecida de verdes; arriba, negras nubes arrecian lluvias sin cesar.

A fuerza de hablar, de conversar sobre las cosas del mundo, la Desconocida se va volviendo confiada y locuaz, habla de un tipo donjuanesco, de gran incapacidad afectiva...

—Sí, esa clase de hombre abunda mucho —confiesa la Desconocida—, hace gala, se jacta de ello, a veces como una herencia secular se retransmite de padres a hijos, sí, ellos, los muy brutos, creen que la mujer es como una fortaleza que asaltar, todas las armas son, pues, lícitas, y luego se abandonan los despojos, claro, queda una conquista que añadir a la lista.

—Me conozco la especie —asiente Mambruno—, es un señorito, por lo general, presume de sus dineros, y es polígamo y bestial, lo mide todo por la ley de su capricho, finge estar de acuerdo con el gobierno de turno e incluso a lo mejor ocupa un cargo importante, su vida suele ser un alarde continuo y del labio, no se le cae nunca, junto con un cigarrillo, un vocablo soez o despectivo, se impone a todo el mundo por su bravuconería, se ríe de las personas inteligentes pero no lee un libro, y cuando habla en tertulia, entre sus amigos, de todo sabe y de todo entiende, y si no le dan la razón, colérico, violento, insultante, se calza las botas, y dando grandes voces obliga a callar a los cautos y prudentes, a los cobardes, camaleones de todas las horas, de esos que no quieren comprometerse, y que tanto abundan en nuestro tiempo. A este hombre ocioso, jugador de ventaja, que suele decir que el que trabaja es porque no sirve para otra cosa, estenoble tipo gamberril en cuanto ve a una mujer se sale de sus casillas, se desborda como un potro, y como le hierve la sangre, se lanza como un galgo en pos de ella: va a la caza, a la conquista. Es verdad, esa clase de hombre que le gusta ajar la dignidad humana, poseer a la mujer del próxi-

ño, por dinero, por poder, cómo sea, y que se complace en ultrajar, en difamar, en sonreír como el que está en algún secreto cuando se habla de una mujer, en fin, abunda mucho, sí, desgraciadamente.

—Qué bien pintado, qué exacto —dice la Desconocida—, ése, ése, es el moderno don Juan. Pero, ¿cómo se lo conoce usted tan así, tan bien? ¡Virgen Purísima, y yo creía que sólo las mujeres...!

—Sí, cierto —declara Mambruno—, pero a las mujeres les sucede lo que a las perdices con el cazador: que saben demasiado y eso las pierde.

La Desconocida ríe y enseña su dentadura blanca, perfecta.

Siguen charlando, pero el autobús ya ha entrado en Burgos; la Desconocida se da cuenta:

—¿Estamos en Burgos?

Mambruno le contesta afirmativo, pero observa que ella ha palidecido, la nota fría y distante, advierte en el dedo anular, que alza blanco y puntiagudo, uno alianza matrimonial áurea, y cómo se contrae su rostro nublado por la angustia. Ha bajado la Desconocida, no le espera nadie, un mozo por indicación de ella ase la maleta. Mambruno se quita el sombrero, y le dice:

—Adiós, señora.

La Desconocida le mira fija, la cara angustiada, es una angustia que le nace del alma, de dentro, que aumenta su bella palidez, se diría que esta mujer está aterrorizada, que teme y desea al mismo tiempo la compañía de Mambruno, y por eso vuelve el rostro, y aunque le traicionan los ojos negros como llorosos, dice también a Mambruno:

—Adiós, señor.

JUAN RUIZ PEÑA

(Continuará)